www.elboomeran.com

El final del bosque

www.elboomeran.com

Esta edición ha contado con el patrocinio de

Ayuntamiento de Gijón

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

En cubierta: Gregory Crewdson,
Sin título (1998-2002) © Gregory Crewdson
© María Fasce, 2025
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ediciones Siruela, S. A., 2025
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-10415-13-3
Depósito legal: M-22.217-2024
Impreso en Cofás
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

www.elboomeran.com

María Fasce

EL FINAL DEL BOSQUE

Siruela
Nuevos Tiempos

www.elboomeran.com

Acta del Jurado del Premio Café Gijón 2024

Reunido el jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón, compuesto por Pilar Adón (a través de videoconferencia), Ricardo Menéndez Salmón, Gioconda Belli, Marcos Giralt Torrente y Mercedes Monmany, en calidad de presidenta, y actuando como secretario Ricardo Onís Romero, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, acuerdan por mayoría conceder el Premio Café Gijón 2024 a la novela *El final del bosque* de la escritora María Fasce.

Obra de indudable solvencia formal y de innegable vuelo estilístico, *El final del bosque* es una novela que indaga en asuntos como el desarraigo, la frontera entre razón y locura o las servidumbres y miserias familiares al tiempo que perfila el marco de un dilema moral donde sus protagonistas, tres hermanos reunidos en un espacio, una casa en un bosque, que los devuelve al misterio y fascinación de la infancia, buscan el modo de reconciliar sus contradicciones sin destruir el acervo de una memoria sentimental compartida. Os enamoraréis de la voz de Lola.

Asimismo, el jurado ha decidido reconocer como finalista la obra *Parabere*, de Andrea Cabrera Kñallinsky y Aldo García Arias.

Parabere es una novela que se lee con gran fascinación, con un gran placer innegable, como los platos de los que habla. La historia nos traslada a la vida de una familia, pero

www.elboomeran.com

sobre todo de una mujer excepcional, a contracorriente de lo que era el papel destinado a una mujer en la primera mitad del siglo pasado, determinada a llevar a cabo un gran proyecto personal y empresarial, dedicada al arte culinario. Inaugurando un célebre restaurante en el Madrid de la Guerra Civil, María Mestayer, conocida como la Marquesa de Parabere, tuvo encuentros a través de su arte culinario con los personajes más célebres de su época, como Ernest Hemingway, Dionisio Ridruejo y otros. Pespunteada de numerosas recetas que publicó en vida, la novela mezcla la historia de España con lo más atractivo de la gastronomía.

Café Gijón, en Madrid,
a 10 de septiembre de 2024

PILAR ADÓN
GIOCONDA BELLI
MARCOS GIRALT TORRENTE
RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN
MERCEDES MONMANY
RICARDO ONÍS ROMERO

www.elboomeran.com

«Día tras día el silencio cosecha sus víctimas».

NATALIA GINZBURG, *Léxico familiar*

«Una persona solo puede hacerte daño si la quieres».

ELENA FERRANTE, *La niña perdida*

«Qué delicada locura hay en mí. Llega con el atardecer y es tan extraña como el estremecimiento de una hoja en un árbol cuando no hay viento».

PATRICIA HIGHSMITH, *Diarios y cuadernos*

www.elboomeran.com

El perro ladraba desesperado. Ernesto ya tendría que haberlo sacado a pasear, eran más de las seis. Me detuve en mitad de la escalera cuando Andrés abrió la puerta: llevaba los guantes de lavar los platos manchados de sangre.

—¿Qué pasó?

—Llueve a cántaros —dijo avanzando con las bolsas del supermercado.

Juana secaba la sopera y se le cayó de las manos. Se quedó rígida, ni siquiera fue a buscar la escoba y por un segundo la vi bizca.

—Andá a limpiarte enseguida —le ordenó—. Poné toda tu ropa a lavar. Y dame esos guantes.

Él obedeció. Juana les prendió fuego en la pileta y abrió la ventana para que se fuera el olor a goma quemada.

—¿Qué pasó, Andrés? —insistí perpleja.

—Nada.

Seguían los ladridos y me asomé a la ventana del salón.

—¡Ernesto! —grité.

Estaba tendido en el camino, el perro daba vueltas a su alrededor. Cuando corrí a abrir la puerta Andrés me tironeó de la ropa arrastrándome hacia adentro y cerró con llave. Volví temblorosa a la cocina.

—Atropellaron al vecino, Juana. Hay que llevarlo al hospital.

www.elboomeran.com

El calentador de agua lanzó un pitido que nos hizo saltar. Ella llenó el termo, barrió los trozos de la sopera y los tiró a la basura. Después fue con un trapo hasta la puerta, frotó la llave y el picaporte de los dos lados, puso el trapo en el lavarropas y se sentó con la matera. Andrés bajó con una camisa y un pantalón limpios.

—Llamemos a la ambulancia —dije, pero ella le pasó el mate.

www.elboomeran.com

I

www.elboomeran.com

Era la hora en que enloquecían los pájaros. Un cartel de madera daba la bienvenida al «Bosque de Peralta Ramos, Reserva Forestal». A los lados del camino se alzaban los mismos pinos y eucaliptus de la infancia, pero nosotras no éramos las mismas; las casas, abandonadas y derruidas, tampoco. Habían clausurado la cabaña del té, unos tablones atravesaban las ventanas polvorientas. El olor mentolado me trajo la imagen de mamá desplegando el mantel en el pasto, caperucita roja, el lobo feroz, Andrés escondido.

—Queda en Los Patagones —dijo Juana.

Las calles tenían nombres de indios o de flores. Es domingo, recordé, porque esa mañana antes de venirnos Juana había ido a misa.

—Ahí está —señaló un chalet con techo de troncos y un enano en el césped. Se miró en el espejo del parasol y se arregló el pelo antes de bajar.

Andrés vino hasta nosotras agitando los brazos: «¡Hermanita!». La hizo dar vueltas en el aire. A mí solo me abrazó. Me dejé envolver por su olor a colonia y tabaco y la suavidad del lino de su camisa. Se alejó un paso para mostrármela.

—Es la que me trajiste la última vez.

La había estrenado el día del funeral de papá. Ahora colgaba de su cuello un rosario: un accesorio de moda, o quizá

www.elboomeran.com

se había vuelto religioso como Juana. Sacó del baúl la enorme valija de mi hermana y la apoyó junto al auto.

—¿Para qué tanta ropa si apenas nos vamos a quedar unas semanitas?

—La de Lola pesa más, está llena de libros —dijo ella.

Una camioneta se acercó levantando una polvareda y se detuvo del otro lado del camino. Bajó una anciana que nos saludó con la mano. Parecía muy frágil hasta que cargó dos bolsas de la compra en cada brazo y abrió la puerta de su casa.

Humedad, yodo, encierro. No es un sabor sino un olor lo que más rápidamente nos lleva al pasado: una niña leyendo con la cara apoyada en las manos en la mesa del salón de otra casa de Mar del Plata. En este había una chimenea, un sofá y dos sillones tapizados de flores frente a una estantería con portarretratos y un televisor encendido. Una locutora daba el parte meteorológico señalando las distintas zonas del país: soleado y fresco en la costa; en el noreste, altas temperaturas y amenaza de sequía, las lluvias se concentraban en la Capital Federal, con el conurbano inundado. Oí las voces de mis hermanos en la planta superior y subí por la escalera jalonada de insípidos cuadros marinos iguales a los que colgaban de las paredes del salón. Quizá el dueño era como mamá, que destinaba a la casa de las vacaciones cuadros que la avergonzarían en la de la ciudad: una chica con una mandolina, un arlequín; acá, playas con veleros y nubes escolares.

—Te dejamos esta que tiene escritorio. —Juana pasó una mano por la madera para comprobar si había polvo.

La habitación era rosa, como si mamá la hubiera hecho pintar para mí.

—¿Cómo le va a Felipe en la universidad? —dijo Andrés sentado en la que iba a ser mi cama.

www.elboomeran.com

—Bien, ya está en segundo año…

—Desempacá rápido que tengo la cena lista —me interrumpió y cuando se levantó, Juana estiró la colcha—. Nosotros vamos poniendo la mesa.

Me asomé a la ventana que daba a la casa vecina. A la izquierda, un pino lejano y a la derecha, el porche contiguo y el camino. Inspeccioné los otros cuartos. Juana había dejado su camisón doblado sobre la almohada y la valija abierta, su ventana daba al otro lado y solo se veían árboles y algunas casas. El de Andrés era el único con cama doble, la que había ocupado con Silvia hacía dos veranos. Fue él el que tuvo la idea del bosque. Yo había viajado a Buenos Aires para reacondicionar mi departamento, así podría seguir alquilándolo mientras no me decidiera a venderlo ni a volverme a vivir a la Argentina. Pensaba teletrabajar una temporada, supervisando la refacción, pero a los pocos días los martillazos y la cumbia de los obreros me desalentaron. Delegué mi tarea en mi amiga Ana y empezaba a mirar vuelos de regreso a Madrid cuando llegó el mensaje de Andrés a nuestro chat familiar: «¿Y si alquilamos una cabaña en el bosque y nos vamos unos días?». Siempre había sido uno de ellos dos el que proponía un juego.